

**AGUILAR PIÑAL, Francisco: *Introducción al Siglo XVIII*.
Historia de la Literatura Española nº 25, R. de la Fuente (ed.).
Madrid, Júcar, 1991. 240 págs.**

Son de obligada referencia las insistentes pero acertadas aproximaciones a la historia literaria del llamado Siglo de las Luces realizadas por el profesor Aguilar Piñal, quien desde los años 60 se viene dedicando al análisis de una centuria poco estudiada y peor conocida, pero cada vez más habitual dentro de determinados sectores que presuponen un acercamiento a las caras más oscuras de nuestra historia.

En este caso, el estudio de Aguilar Piñal se hace aún más interesante porque forma parte de un proyecto ambicioso y pluridisciplinar: una Historia de la Literatura que rompa con la mera nómina de autores, técnicas y fórmulas que han supuesto hasta el momento los estudios literarios. Los objetivos del profesor Ricardo de la Fuente –director del proyecto– se han visto satisfactoriamente colmados en este primer volumen que sale a la luz. Y es curioso que, siendo el siglo XVIII el gran olvidado dentro de la periodización literaria, ocupe un lugar de relevancia en esta obra. Parece que se van olvidando ciertos estereotipos, y que la apuesta por lo desconocido es cada vez más alta, pero sobra decir que la firma de Aguilar Piñal en un trabajo como éste, garantiza con creces los resultados.

En efecto, *Introducción al siglo XVIII* marca desde las primeras páginas unas líneas y unos objetivos que se cumplen, no sin dejar puertas abiertas a otros posibles trabajos de investigación y sugerir nuevas revisiones en un campo que, a duras penas pero afortunadamente, se va agrandando.

Con la claridad a que nos tiene acostumbrados, hace Aguilar Piñal una acertada distinción entre términos que aparentemente se han venido utilizando como sinónimos: Ilustración, Siglo de las Luces, Despotismo Ilustrado y Neoclasicismo, vocablos todos ellos que, por abstractos, han formado un paradigma equívoco, y que pasan de la mano de Aguilar Piñal a tener un significado más preciso y una demarcación concreta y útil. Util, porque, de este modo, *Introducción al siglo XVIII* se convierte en una lectura obligada tanto para los estudiosos como para los “no iniciados” en un siglo que se presupone conocido, pero del que queda casi todo por hacer.

La obra de Aguilar Piñal se estructura sobre tres puntos esenciales a la hora

de abordar un estudio historiográfico del Dieciocho. Por ello, se analiza el contexto político social de una España que comienza el siglo XVIII recibiendo una monarquía francesa, mientras mantiene unas tradiciones tan arraigadas como la jerarquía estamental sobre la que se basaba, fundamentalmente, la sociedad.

El segundo pilar del estudio es el contexto cultural de la centuria dieciochista en España, haciendo un recorrido somero pero muy afinado por la enseñanza, las tertulias, la actividad científica y el mundo editorial. Todo ello abordado desde una perspectiva única: delimitar lo más posible el contexto literario –no hay que olvidar que la obra forma parte de una historia de la literatura– del siglo XVIII.

En este sentido, Aguilar Piñal expone la situación literaria de España en un análisis de las manifestaciones estéticas a lo largo del siglo. Dedicó así un apartado bastante interesante, por la postura desde la que está estudiado, al concepto de “hombre de letras”, concepto que ha venido preocupando a estudiosos de la Ilustración, en busca de diferencias o similitudes, de elementos de juicio para construir la verdadera historia del siglo XVIII.

De la lectura pormenorizada de la obra se desprenden sugerencias que, a veces pueden concretizarse en futuros trabajos, y que otras empujan a la reflexión y a la revisión de los valores y conceptos que se han tenido por válidos ante la ausencia de unos valores sustitutorios que vinieran, por así decirlo, a romper con las viejas concepciones. No pretende Aguilar Piñal una revisión urgente y apresurada, sino más bien todo lo contrario: ir descubriendo, poco a poco, las claves para la reconstrucción de la supuestamente ausente literatura del siglo XVIII. Literatura que, lejos de estar aislada de otras literaturas que de forma cronológica la precedieron, mantiene unos nexos de unión con lo que podríamos llamar el “substrato literario español”.

Sin lugar a dudas, lo más interesante en el estudio de Aguilar Piñal es el epílogo que bajo el título de “la alborada romántica”, pone fin a la obra. Buscar en el siglo XVIII los precedentes del Romanticismo, como si la centuria dieciochesca no tuviera sentido en sí misma y necesitase el apoyo de un movimiento más fuerte que lo justificase, ha sido una tarea común de cuantos investigadores se han acercado de una u otra forma al Siglo de las Luces. Ha sido fácil, por otra parte, buscar correlaciones románticas en una Revolución Francesa o en una España, en un Cádiz liberal; pero ni siquiera esta hipótesis ha encontrado una base fiable, a tenor del estudio de Aguilar Piñal, porque las fechas no coinciden ni coincidirán mientras se juegue con los datos o se busquen forzadas connotaciones románticas o prerrománticas en el siglo XVIII.

Aguilar Piñal alimenta la idea de un cambio operado en el S. XVIII y que, sin lugar a dudas, repercute en el movimiento romántico. Es lo que él llama “Neoclasicismo sentimental”, una manifestación íntima de la sensibilidad dieciochesca que no deja de ser un embrión romántico en textos del último tercio del siglo. Pero no debemos aventurarnos ni optar por las respuestas más aparentemente fáciles. La controversia que durante larguísimo años han venido manteniendo prestigiosos investigadores sobre la fecha inicial o la nómina de autores del

Romanticismo, parece que comienza a quedar atrás; ya no preocupa tanto la forma como el contenido. Aguilar Piñal propone que olvidemos esos tópicos que alimentaron la historia de la literatura y que comencemos por aceptar un siglo XVIII importante por sí mismo y con un amplio abanico de posibilidades donde entra, por derecho propio, el Neoclasicismo sentimental.

Un libro muy interesante, útil, y que encierra la única forma de conocer la historia y de reconocernos en ella a nosotros mismos: sin prisa, pero sin pausa.

Yolanda VALLEJO MARQUEZ
Grupo de Estudios del Siglo XVIII